

LEONARDO CASTELLANI EN PERSPECTIVA

LEONARDO CASTELLANI IN PERSPECTIVE

PEDRO LUIS BARCIA

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas (Buenos Aires)

RESUMEN. Castellani escritor expresa la categoría perdurable, el plano filosófico y teológico, detrás de las circunstancias ocasionales y anecdóticas. Esta matriz de su pensamiento permite analizar su obra, descubrir sus períodos y reconstruirla a partir de una bibliografía todavía precaria, en busca de la cohesión íntima en la dispersión genérica de la vasta producción de Castellani.

PALABRAS CLAVE. Leonardo Castellani. Filosofía y teología. Unidad y dispersión.

ABSTRACT. Castellani writer expresses the enduring category, the philosophical and theological plane, behind the occasional and anecdotal circumstances. This matrix of his thought allows to analyze his work, discover his periods and reconstruct it from a still precarious bibliography,

in search of intimate cohesion in the generic dispersion of Castellani's vast production.

KEY WORDS. Leonardo Castellani. Philosophy and theology. Unity and dispersion.

1. Introducción

Con la figura y obra de Castellani está ocurriendo lo que ha sucedido con pocos argentinos: la inversión de las leyes de la perspectiva, pues, a medida que el tiempo nos distancia de él, su persona y creación se agrandan a nuestros ojos. En estos tres lustros transcurridos desde su muerte, la estimativa sobre él se ha ido enriqueciendo y ampliando gradualmente.

El lector contemporáneo joven desconoce el sentido de muchas alusiones indirectas o menciones categóricas, con nombre y apellido, que surgen con frecuencia en las páginas del autor al referirse a cuestiones calientes, del momento, y que solían producir divertidas y urticantes reacciones. De particular manera, en el caso de novelas como *Su Majestad Dulcinea* o *Juan XXIII-XXIV* o sea la resurrección de Don Quijote, de seguro que no alcanza ciertas «claves» operantes en esas ficciones y sólo una tarea de pesquisión podría reconstruir para dicho lector ese plexo de púas ingeniosas y juegos elusivos a sus coetáneos. Pero, si bien es cierto que pierde el vibrato de los estiletazos sabrosos y ocurrentes, gana en profundidad, pues los casos mentados pasan, como decía Eugenio D'Ors, de la *Anécdota de la Categoría*. Y, en última instancia, esa fue la intención, y la forma de lectura de la realidad, en que se apoyaba Castellani: ver la categoría perdurable, el plano filosófico y teológico, detrás de las circunstancias ocasionales y anecdóticas.

2. Una labor previa

Se hace necesaria una revisión de la bibliografía del autor, que no está cabalmente hecha. Se reiteran fechas contrapuestas y no siempre acordadas y afirmaciones sin verificación. La mayoría de las referencias están tomadas de las mismas páginas del



escritor. Sin lugar a dudas, el libro de Pablo José Hernández, *Conversaciones con el Padre Castellani* (1977), constituye un veneno importante de datos vitales, pero no los agota. Una bien trazada biografía sería un cebo por demás atractivo para los lectores dada la índole novelesca y aventurera que alcanza en ciertos episodios. En cuanto a la relación vida-obra, evitándose una esmirriada crítica biografista, son advertibles los nexos existentes. Quienes hasta hoy han escrito sobre dicha relación señalan dos períodos biográfico-literarios: el premanresano y el posmanresano. Estimo que esta bipartición es perfectible. Veo tres etapas en la sobredicha relación: la primera, que arranca, tentativamente, desde los primeros escritos juveniles, hacia 1924, hasta 1946; la segunda, desde 1946 a 1966, que llamaría la etapa manresana, porque el episodio de Manresa dura menos de seis meses, pero, por su carácter impresivo, dejó huella en la personalidad y en la obra de Castellani hasta el comienzo de la tercera etapa, en que no desaparece esta impronta pero sí atenúa su peso. Esta tercera etapa iría, pues, desde 1966 hasta la muerte del padre. El año 1966 es aquel en que se consuma su restauración en la Iglesia, por gestión final del Nuncio Apostólico. Si solo atendiéramos a los libros de Castellani, la partición sería desde *Camperas* (1931) hasta *Crítica literaria* (1945); la segunda etapa iría desde *Cristo, ¿vuelve o no vuelve?* (1951) hasta *Sonatas tristes para todo el año manresano* (1964); y la tercera, desde *Las profecías actuales* (1966) hasta *Nueva crítica literaria* (1976). La fundación de *Jauja* en 1967 reafirma esta tripartición: es la primera publicación periódica propia; marca un hito en su escritura.

3. Dos actitudes extremas

Frente a la obra de Castellani ha habido dos actitudes extremas: la conspiración del silencio y la exaltación desmedida de su obra. Ambas, por extremas, son malas, sea por carencia sea por exceso. No saber que Castellani existe es gruesa ignorancia. Callarlo, sabiéndolo, es malignidad. Decir que es un genio, es una forma de la comodidad crítica, pues, echa la afirmación, nos exime de todo esfuerzo de calibración para alcanzar un juicio ponderado. Él mismo se encargó de descalificar la palabra que se le destinara: «No gusto de esa palabra genio, que es vaga y filo-

sóficamente imprecisa», escribió en el comentario crítico al *José Hernández, poeta y periodista* (1959) de Fermín Chávez. Castellani fue un escritor singular, en la acepción que le daba al vocablo su bienquerido Kirkegord (como escribía). Y todo el trabajo de quienes escriban sobre él debería ser en procura de cercar y definir, por aproximaciones, esa singularidad. Esta no es tarea de un estudioso solo, sino de muchos. Cada cual aportará –ya se han adelantado varios trabajos valiosos–, desde su especialidad o dedicación, la estimativa autorizada. El trabajo final será de síntesis y articulación de los aportes parciales, porque, como decían los medievales: «Todo lo sabemos entre todos». Hay algún anticipo de ensayo sintético, de apreciación global, como es *El Padre Castellani* (1986) de Juan Luis Gallardo. Y está bien; es mejorable, claro, porque no dispuso de trabajos específicos previos. Ha pasado el tiempo y no han avanzado las estimaciones parciales sobre las facetas del autor y angustia saber que cursan las generaciones sin que dispongan de una visión de conjunto. Hacia nuestros días, la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* (n. 36, 1994) ha reunido un conjunto de aportes. Hay pocos trabajos penetrativos y especializados; los más son reflexiones sobre «Castellani en general». Sé que se preparan nuevos volúmenes colectivos en otros ámbitos. Ojalá profundicen y no nos den más de lo mismo.

También han conspirado para la desatención real de su obra las comparaciones desmedidas, absolutamente inapropiadas: Dostoievski y Castellani, como autores análogos. O afirmar que es «el mayor narrador y poeta del siglo XX», como leemos en *Leonardo Castellani, novelista argentino* (1973, p. 7); afirmación nacida de la admiración acrítica. La hipérbole, generada en el afecto, espanta la caza de los que vienen detrás. Castellani como novelista tiene limitaciones que pesan para su proyección hispanoamericana y, mucho más, europea: es el conjunto abigarrado de alusiones y claves sobreabundantes en *Su Majestad Dulcinea* o en *Juan XXIII-XXIV*, que lo hacen ininteligible para lectores no argentinos, pues exigen una competencia lectiva inexistente en los desapercibidos lectores no nacionales. Pero bien podemos ahondar en los elementos que le debe, por ejemplo, *Adán Buenosayres* (1948) a *El nuevo gobierno de Sancho* (1942); o *Megafón* (1970) del mismo Marechal, a *Su Majestad Dulcinea* (1956). Es en estos



niveles donde debemos ahondar y trabajar y no en afirmaciones universales carentes de toda probación convincente.

4. La necesaria bibliografía

Ahora bien, no habrá trabajos firmes sobre Castellani hasta que no se disponga de una bibliografía seria. No ha habido hasta hoy ni siquiera nomina completa de sus libros con los datos básicos y completos de asientos técnicos. Esto no es grande esfuerzo. Lo que sí exige cierta planificación orgánica es el registro de todas sus colaboraciones periodísticas sembradas generosamente en vastedad de revistas y diarios, con su nombre o con sus varios seudónimos. Hasta que este registro minucioso no se establezca, no podremos señalar precursiones de piezas castellanianas respecto de las de otros autores, ni señalar probadamente deudas o coincidencias; ni estudiar la evolución de tal o cual cuestión en su tratamiento, porque los libros recogen tardíamente los trabajos anticipados, a veces hasta dos décadas previas, p. ej., el material de *Cabildo* (1945-1946), recogido en *Decíamos ayer...* (1968). Cada día sorprendo, en mis recorridas hemerográficas, nuevo material no agavillado en tomos por el autor. Mi experiencia editora de textos dispersos de autores argentinos, me enseñó que más allá de lo que ordenó pacientemente el escritor de los suyos dispersos, se le escapan muchos baguales del rodeo bibliográfico. Una bibliografía completa permite compulsas rápidas y, además, posibilita la instalación de Castellani en distintas líneas de estudios diversos que se inicien, o en trámite. Facilita la «presencia» del autor en los temas y cuestiones más imprevisibles, de acuerdo con los intereses de los estudiosos e investigadores, que pueden recorrer el repositorio sin mayor esfuerzo y con provecho probado.

Contamos con una visión de conjunto sobre un aspecto básico: *La filosofía del padre Castellani* (1990) de Juan Pablo Ballesteros. El libro de Ballesteros es claro y útil y muchos ya lo están manejando, algunos sin citarlo, como corresponde a una buena tradición argentina de trabajo intelectual. Es un primer intento de *reductio ad unum*, que da cierta cohesión íntima a la dispersión genérica de la obra vasta de Castellani.

5. Literato

Si abordamos un espacio más estrecho de su producción, como el de la narrativa policial, advertimos que es, en lo literario, el enfoque que más trabajos ha suscitado (J. Rivera, E. Romano, M. Cichero), pero todos ellos, aunque útiles, padecen dos limitaciones: los autores no tienen conocimiento de la totalidad de la obra del autor y, segundo, no muestran conocer todo lo policial de Castellani. Se reducen casi siempre a *Metri*, muy ocasionalmente a *Ducadelia*; nada de la novela *El enigma del fantasma en coche*, ni otros cuentos en otros libros suyos. En cambio, Jorge Ferro (en la citada Revista, n. 36, 1994) maneja buena versación sobre la totalidad de lo castellaniano y suma el aporte de cuentos dispersos y de sus reseñas de obras policiales, p. ej. de D. Hammett. Aún quedan en pie en este terreno asimilaciones equívocas a Chesterton, estructuras de lo policial típicas de Castellani y otras cuestiones por abordar. Los cuentos policiales del autor cuentan entre los merecidamente antologizables de la literatura argentina e hispanoamericana (antologías de Donald Yates, p. ej.).

Es el mejor fabulista de nuestro país y uno de los mejores modernos de la literatura española, pero *Camperas* no ha sido objeto aún del trabajo crítico que merece. Sigue aguardando. Castellani fue un agudo crítico literario, asistemático pero lúcido. Ha calado, por ejemplo, con acuidad en ciertos aspectos de Borges que otros no han abordado o no han visto. Lamentablemente todo se simplifica, en ciertos críticos, oponiéndolo a Borges y recordando aquello de que solo sabía sobre él que «era autor de novelas policiales», cuando es casi seguro que Borges había leído los libros de cuentos del género de Castellani. Este escribió varias veces sobre Borges, a veces con indignación, otras con humor y alguna con penetrativa comprensión. Nos está faltando un trabajo sistemático acerca de sus apreciaciones sobre lo borgesiano. Tampoco la lírica castellaniana ha sido tratada despaciosamente por la crítica. Ella ha dado un haz de poemas personalísimos de primera línea, entre mucha materia desapareja. El *daimon* criollo de la chuscada se le filtra, en mitad de una remontada y densa expresión lírica, y asoma la oreja el despatarro en un verso que precipita el poema. Él era consciente de este vicio generado en él por el periodismo, según lo comentó un par de veces. Ahora, que la salida sorpresi-



va y desentonadora salte en un artículo –o aun en una nota a la *Suma Teológica*– es aceptable y hasta simpático; pero cuando se da en el seno de un poema lírico, lo desbarata. Lo mismo ocurre con las digresiones, que son como una plazoleta de descanso en el camino de la exposición ensayística, pero impertinentes en un poema que hasta ha logrado niveles de lirismo.

6. Exégeta de lo argentino

Fue un exégeta peculiarísimo y de sostenida proyección sobre lo argentino, pero aún espera el estudio integral la media docena de los libros de ese género.

El conjunto de traducciones poéticas realizadas por Castellani pueden ser un interesante campo de estudio, también inabordable. Por ejemplo, casi todos citan la primera cuarteta de un soneto que dice: «Amar la Patria es el amor primero / y es el postrer amor después de Dios / y si es crucificado y verdadero / ya son uno los dos; ya no son dos». Este poema figura como «traducción y adaptación al castellano de LC». Cuando se rastrea el original se tiene una sorpresa. No se trata de un soneto de Verlaine, sino de un extensísimo poema de treinta y una cuartetos alejandrinas: «L'amour de la Patrie est le premier amour / et le dernier amour après l'amour de Dieu» (poema XXX de *Bonheur, Œuvres poétiques complètes*, ed. NRF, B. de la Pléiade, pp. 515-519). Solo hay traslación de los dos versos iniciales; el resto no ha sido vertido obviamente, en los doce versos restantes del soneto. Presenta un interesante problema por estudiar. Valga de ejemplo.

Como teólogo, ha dicho: «Yo no soy un divulgador de fórmulas resumidas; yo soy un Doctor en Teología: o sea un hombre que debe ver la Teología en la realidad y no sólo en los libros». Eso hizo él, puso los problemas argentinos en perspectiva teológica y filosófica. En 1939 escribió algo aún válido: «En la actual Argentina hay, si no me engaño, dos modos legítimos de filosofar: el *ensayo* profundo y a la vez concreto, enraizado en problemas urgentes de nuestra incipiente vida propia; o bien el “cultivo” inteligente de un sistema filosófico macizo que esté actualmente vivo» (en Ernesto PALACIO, *La historia falsificada*, B. A., Difusión, p. 7). Con estas palabras describía su propia tarea filosófica. Sus

ensayos se enfilan en la especie que describe y él «cultiva», no solo «trasplanta», el tomismo con una vibrante infición agustiniana. Por lo demás, lo esjatólogico (como escribía con precisión etimológica) es clave de lo teológico y, con ello, de la historia del hombre y de los argentinos.

7. Un bien de todos

Un conjunto de argentinos, en varios puntos del país, mantuvieron por décadas el «culto a Castellani». Por ellos, se agotaban las ediciones y ellos han pasado el testimonio a sucesivas generaciones. Han sido los veladores de la obra del autor. Pero, claro, no pueden ser sus intérpretes exclusivos. Si no, caeríamos en aquella afirmación, simpática por lo apasionada, pero reductiva en su proyección, pues conspira contra la obra que desea preservar, de Papini cuando decía que para entender a Dante había que ser católico, italiano y florentino. Ha llegado la hora de hacer de Castellani un bien de todos, aunque no seamos santafesinos.

